

tumbres rústicas y sin decoro, la envidia, laboriosidad, y una memoria tenacísima. Porqué el que teme está triste; el que teme juzga siempre que algo le falta y de aquí la avaricia; el avaro apetece todas las cosas, y siente ver las mejores en poder ageno, y de aquí la envidia; conoce que sin trabajo no puede hacerse de ellas y de aquí la laboriosidad; al avaro, y laborioso, se le da poco cuidado de agradar á los demas, y el envidioso á nadie ama, y de aquí nace la rusticidad, y falta de decoro.

Por último, siendo el alma de los flemáticos tarda y lánguida, fácilmente se conoce que han de ser dados á la flojedad, soñolientos, incapaces de eminentes virtudes, de grandes vicios, y de afectos vehementes, y destituidos de entendimiento é imaginacion, porqué aquel se entorpece, y esta se debilita con la pereza.

Dependiendo los temperamentos del predominio de algun órgano, ó aparato de órganos para distintas funciones, y de la diversa constitucion de la sangre, aunque al nacer traigamos estas disposiciones particulares del cuerpo, sería muy raro encontrar algun individuo de un solo temperamento ó que ofreciese en toda su pureza los caractéres que hemos asignado á los diversos temperamentos, pues que estos se alteran, y aun cambian en-

teramente por la educacion, el clima, y otras causas; y se encuentran mezclados en un mismo individuo. Pero como, por lo comun, predomina alguno de los que hemos indicado haciendo impotentes á los demas con los cuales se halle mezclado, y el linfático mas bien impida á los demas que determine á singular propension, por esto es que al hablar de los temperamentos mistos, solo tomaremos en consideracion el predominio de dos temperamentos. Se encuentran en efecto muchos hombres bilioso-sanguineos, cuyo carácter es aparentar mas la virtud que los sanguineo-biliosos; y otros bilioso-melancólicos, cuyo carácter es ser mas crueles y pérfidos que los melancólico-biliosos.

La diversidad de temperamentos influye en la diversidad de costumbres segun las edades. Porqué para graduar aquellos no ha de considerarse solamente la capacidad de los vasos y celeridad del pulso, sino tambien, como hemos dicho, la constitucion de la sangre, y cualidad de las fibras, y así es claro que los temperamentos deben variar segun las edades: en la niñez domina el flemático, en la edad viril el colérico, y el melancólico en la vejez, variando en consecuencia las costumbres: los niños son perezosos, soñolientos, poco capaces de a-

fectos, y necesitan de estímulos que los animen; los jóvenes son dados al deleite y al ocio, pródigos del dinero, petulantés, precipitados en contraer amistades y en los demás negocios de la vida; los varones deseosos de honores, ambiciosos, graves, y diligentes; y los viejos, medrosos, avaros, envidiosos, morosos, de buena memoria para las cosas antiguas, y de mala para las que no lo son.

Supuesto que en las costumbres, influye en gran manera el temperamento, constituyendo á este en mucha parte la sangre, y alterándose la constitucion de ésta por la atmósfera, y el clima, no es de admirar sean diversos los temperamentos de las naciones, y en consecuencia sus costumbres, modificadas por la educacion, y las maneras sociales ¿quien no ve la diferencia de costumbres entre los españoles, franceses, alemanes, é ingleses? ó ¿quien confundiría á las de los chinos, con las de los etiopes, ó americanos?

SECCION 3.^a

DE LAS DIVERSAS COSTUMBRES Y VICIOS DE LOS HOMBRES.

Aunque el alma humana se halle adoraada no solamente del entendimiento sino tambien de la voluntad, y aunque la voluntad siempre apetezca el bien, y aborrezca el mal, sin embargo, como ha-

ya diversas especies de bienes, y los hombres algunas veces abrazen el mal bajo la apariencia del bien, y éste bajo la del mal, nacen necesariamente diversas costumbres en los hombres.

Costumbres son: „las propensiones y afectos del alma nacidos del temperamento, ó adquiridos por actos repetidos.“ Cuando así ha sucedido, las costumbres vienen á constituir una segunda naturaleza.

Las costumbres son de dos géneros: si la voluntad se inclina al verdadero bien, las costumbres seran buenas, y se llaman virtudes; si se inclina á un bien aparente, las costumbres seran malas, y se llaman vicios. De manera que la expresion *buenas costumbres*, no se toma aquí en el sentido vulgar por costumbres ajustadas á las reglas del decoro, sino en un sentido filosófico por las inclinaciones de la voluntad, corregidas por la virtud.

Siendo los vicios las inclinaciones de la voluntad hacia un bien aparente, no pueden menos que ser de muchos géneros, tres sin embargo son los vicios que se conocen como capitales. Porque el bien aparente, á que se inclina la voluntad, ó la engaña bajo la apariencia de lo honesto, ó bajo la apariencia de agradable, ó bajo la de útil.

Cuando el alma se inclina á bienes aparentes que engañan bajo la aparien-

cia de lo honesto, nace entonces la ambicion; si se inclina á los que engañan bajo la apariencia de agradables, nace el deleite; y si la inclinacion es hacia los que engañan bajo la apariencia de lo útil, nace la avaricia; que son los tres vicios capitales reconocidos por el apóstol S. Juan en la epist. 1. cap. 2. v. 16. „Todo lo que hay en el mundo, dice, es concupiscencia de carne, ó concupiscencia de ojos, ú orgullo de la vida.”

La ambicion es un vicio que todo lo dirige a la consecucion de los honores, y prerogativas indebidas, y como algunos quieran abrogarse la prerogativa en cosas que nada importan, ó son indiferentes; otros en las acciones torpes; otros en las singulares dotes de alma, ó cuerpo, de aquí es que la ambicion se divide en necia, brutal, y especiosa. Esta, si consiste en la persuasion de la prudencia y de la política, se llama áulica; si en la persuasion de la doctrina, erudita; si en la persuasion de la fortaleza, militar; y si en la persuasion de la virtud y santidad, farisaica. Hay algunos á quienes hincha la hermosura, á otros la riqueza, y á muchos el poder; mas como todas estas cosas sean en sí indiferentes, y no hagan al hombre mejor, todos estos vicios se refieren á la ambicion necia.

Como la ambicion refiera todo al honor, y prerogativa, se sigue de aquí que los caractéres generales de los ambiciosos son: no sufrir al igual, ó cuando menos al superior; apetecer las riquezas como instrumentos del poder; abstenerse de los deleites y petulancia en cuanto obedecen á su propension. En cuanto á la religion su carácter es: ser amantísimos de opiniones y doctrinas singulares, y estar por lo mismo expuestos á caer ó en el ateismo, ó en la heregía, ó en una hipocresía crasa: al ateismo se inclinan, por su natural propension á la independencia y prerogativa; afectan la heregía si preveen el aplauso de los sectarios, y la piedad siempre que así conviene á sus intereses. Ejemplo memorable es, el de Publio Cornelio Scipion cuya hipocresía pinta Livio. En cuanto á los otros hombres, el ambicioso no los ama sino en cuanto juzga que pueden serle útiles, y por lo mismo atempera sus amistades á su comodidad; procura acatar á los superiores, si cree que le favorecen, les pone asechanzas, si cree que le asechan; intenta sujetar á los iguales; y dominar á los inferiores, con la autoridad, el miedo, la fuerza, ó la crueldad. Refiriendo los ambiciosos todas las cosas á la prerogativa, fácilmente se infiere que su carácter respecto de ellos mismos es: ser laboriosos,

9835

diligentes, y dedicados á aquellos estudios que principalmente pertenecen á su fin, los cuales cultivan con tanta mas felicidad quanto mayor es el ingenio de que estan dotados. Finalmente, en quanto al decoro, los ambiciosos procuran manifestar gravedad en las conversaciones, en las acciones, en el andar, en el vestir, y son mas parcos en las palabras, que en el dinero.

„El Deleite es un vicio que consiste en el inmoderado deseo de las cosas agradables.” Y como algunos juzgen por cosa muy agradable todo lo que irrita á la gula, otros lo que provoca á la lascivia, y muchos lo que deleita al ánimo con brillante apariencia, de aquí es que el deleite se divide en báquico, venereo, y amiguo. De esta última especie es la curiosidad, que es el deleite de las cosas mas bien agradables, que útiles.

De la definicion dada fácilmente se infieren los caracteres generales de los voluptuosos 1.º serles en gran manera agradable todo lo que deleita á los sentidos, ó á la imaginacion: 2.º huir de todo trabajo, dolor, peligro, y de quanto no les parezca agradable: 3.º no amar el dinero sino en quanto es un instrumento para obtener el deleite, y por lo mismo ser inclinados á la prodigalidad: 4.º no apetecer los honores ni ser muy ca-

paces de ellos. En quanto á los caracteres particulares, hacia la Religion; son demasiado tibios, inclinados al scepticismo, y poco cuidadosos del culto divino, sino en quanto agrada á los sentidos y á la imaginacion. Así las naciones orientales como voluptuosísimas celebran las ceremonias religiosas con sumo aparato y ostentacion; mientras las setentrionales las hacen con la mayor sencillez. Para con los demas hombres; los voluptuosos son fáciles é inconstantes en amarlos, y por lo mismo contraen sus amistades con temeridad, y las rompen fácilmente, adulan á los superiores, tratan con inconstancia á los iguales, y con indulgencia á los inferiores. En quanto á sí mismos: aborrecen el trabajo por parecer muy poco agradable; y se dedican enteramente á aquellos estudios que afectan á los sentidos ó á la imaginacion, progresando á proporcion de su ingenio. En quanto al decoro: son en todo varios, poco amantes de la gravedad, disolutos ó muelles en el vestido, en el andar, en las acciones, é inclinados principalmente á la locuacidad, á las mentiras, á la calumnia, y á los perjurios.

„La Avaricia es un vicio que consiste en el insaciable deseo de las cosas útiles.” A los avaros parece útil todo lo que se halla en el comercio de los

hombres, y admite precio; y aunque todas las cosas que estan en el comercio pueden ser objeto de la avaricia, á los avaros les agradan principalmente los menages espléndidos, los predios, ó la posesion del dinero, y así se divide la avaricia en espléndida, rústica y mercatoria. A la espléndida se inclinan los sanguineos, á la mercatoria los coléricos, y á la rústica los melancólicos. Los caracteres generales de los avaros son los siguientes: parcios, y antes se arrancara á Hércules la clava de la mano que á ellos el dinero; despreciadores de los deleites por no gastar; deseosos de los honores, no por ellos mismos, sino por el lucro que traen consigo.

Deleitándose el avaro en la posesion de las cosas útiles, su carácter particular en cuanto á Dios es: no reverenciarlo con otro fin que el de invocar su auxilio para acumular riquezas, así es que toda su religion la hacen consistir en el culto externo, y son por lo mismo muy inclinados á la supersticion. Porque así como el ateismo consiste en la profana negacion de la existencia de Dios, así la supersticion en el perverso concepto, y miedo servil de la Divinidad. Los caracteres de la supersticion son abominables; como la crueldad para con los que no son supersticiosos, la idolatría, la hipocre-

sía y otros. Los avaros para con los demás hombres son envidiosos, morosos, misántropos, no saben cultivar la amistad por la perpetua sospecha y miedo que tienen de los otros, con nadie se tratan sino con aquellos que creen les son muy adictos; son injustos, pleitistas, inhumanos, aborrecen á los superiores, envidian á los iguales, y son injustos y crueles para con los inferiores. Con razon decía Teofrasto que los avaros á nadie le permiten gustar un higo de su huerta, pasar por su fundo, ni arrancar de su olivo una aceituna; y Plutarco que dos cosas no deben esperarse, un muerto que hable, y un avaro que haga un beneficio. En cuanto á sí mismos, los avaros se fatigan con el trabajo por no ocupar á nadie, no se dedican sino á aquellos estudios que les parecen propios para aumentar las riquezas, y para los que basta la memoria de que por lo comun estan dotados. En cuanto al decoro, los hace muy odiosos su desaliño, su taciturnidad intempestiva, sus palabras vanas, su andar descompuesto, su vestido poco decente, sus acciones en fin, en que se manifiesta la ansiedad del ánimo, y la codicia por los bienes.

De tantos y tan graves vicios andan acompañados la ambicion el deleite, y la avaricia, y esta es el mas absurdo de todos, así como el carácter de

los avaros el mas opuesto á la sociedad humana. Si buscámos la causa primaria de todos estos vicios, la encontraremos en el inmoderado amor de nosotros mismos; aunque no puede negarse que los temperamentos del cuerpo determinan al alma, ó por mejor decir, la excitán á este, ó al otro vicio capital. Y como los temperamentos en los hombres no son singulares, sino que se hallan mezclados de diversas maneras, por esto todos los vicios referidos pueden hallarse tambien mezclados en los hombres, cuya mezcla impide el que los caractéres de cada uno se manifiesten tan claramente como los hemos expuesto: y si se hallan mezclados en igual grado, fácilmente pueden engañar á los ignorantes bajo la apariéncia de virtud; así la ambicion mezclada con el deleite puede á veces tomar la máscara de la mediocridad. Decimos que el amor inmoderado de nosotros mismos, es la causa primera de los vicios, porque si es moderado, es lícito, honesto y la norma del amor para con los demas, á quienes debemos amar como á nosotros mismos.

Las causas secundarias de los vicios son la mala educacion, la costumbre, la conversacion con los hombres viciosos, y aun los diversos estados de cada uno, porque como en los respectivos estados

se presentan diversos bienes aparentes, como su representacion excita los afectos, y como estos reiterados por el uso llegan á hacerse costumbres, facilmente puede entenderse cuan diversas deben ser las costumbres de los que gobiernan, de los súbditos, de los nobles, de los plebeyos, de los ricos, pobres, sacerdotes, eruditos, militares, comerciantes, artesanos, y labradores. Explicada la naturaleza de los vicios, y sus caractéres, veamos cuan infelices son los que se dejan arrastrar de ellos.

Los viciosos no pueden ser de ninguna manera felices, porque consistiendo la verdadera felicidad en el goce del sumo bien, no gozando los viciosos sino de los bienes aparentes, por mas felices que parezcan, no son realmente sino infelícisimos, así en cuanto al entendimiento é imaginacion, como en cuanto á la conciencia, y la voluntad. En primer lugar, siendo los ambiciosos mas amantes de las opiniones singulares, que de la verdad; los avaros inclinados á la supersticion; y los voluptuosos al scepticismo, desde luego se advierten los terribles efectos de los vicios en cuanto al entendimiento, é imaginacion de los que se hallan entregados á ellos. En efecto, la ambicion y el deleite fácilmente conduce á los hombres al furor, y á la locura; la avaricia al

entusiasmo, al miedo de los espectros, y á la magia. En segundo lugar, como la conciencia sea el raciocinio de nuestras propias acciones, los viciosos constantemente advertidos por su propia conciencia, de que sus acciones se oponen á la ley y á la razon, experimentan continuos remordimientos, ¿y qué felicidad puede haber cuando nos condenamos á nosotros mismos? Por último, el alma siempre apetece lo bueno, y el deseo de una alma inmortal no puede menos que ser de un bien que nunca acabe, ¿cómo pues, puede apagarse esta sed, con las cosas pasajeras, cuales son las riquezas, honores, y placeres de los sentidos? ¿y cómo pueden ser felices aquellos cuyo apetito nunca se sacia, ó acaba por el tedio, y el fastidio? los viciosos pues, son infelices en cuanto á la voluntad. Porque ser feliz es gozar del bien, gozarlo es saciarse de él, luego los que siempre lo desean, nunca se sacian, y no pueden ser mas felices que el Tántalo de los poetas, á quien continuamente atormenta el deseo de beber la agua que pasa por sus labios.

Son infelices tambien en cuanto á los afectos. Los viciosos perpetuamente se representan bienes aparentes, de la representacion del bien nacen los afectos, y así los ambiciosos estan perpetuamente agitados de la ira; los voluptuosos de la

esperanza, del miedo, del amor, del odio, y de los zelos; los avaros de la envidia, y de la desesperacion; y en medio de tales agitaciones ¿qué tranquilidad, qué felicidad puede haber? Son infelices tambien en cuanto al cuerpo, que como se ha dicho, no debe despreciarse, ¿qué cosa en efecto, mas cierta que las mas de las enfermedades, los dolores, el entorpecimiento de los sentidos y movimientos se originan de los vicios, y aun aceleran la muerte? Los vicios en fin, acarrian todas las calamidades, ¿de donde, sinó de los vicios nacen la infamia, el desprecio, la pobreza, las deudas, las enemistades, las cárceles, y los suplicios?

Abatida el alma de los que se entregan á los vicios, es cosa tristísima pero cierta, que se encuentran destituidos de todo consuelo. No pueden hallarlo en la conciencia, porqué siempre los atormenta; no en la inmortalidad del alma, porqué esta constantemente es sabedora de sí misma, y no puede menos que afligirse con el conocimiento de sus vicios; ni tampoco en la providencia de Dios, porqué ó no creen en ella, ó no esperan que les sea favorable. Nada de esto examinan los hombres mientras se hallan entregados á los vicios, creyendose los mas felices; pero cuando la muerte los amenaza con la separacion de los objetos que

tanto habian apreciado, comienzan no á creer, mas á sentir su suma infelicidad. Siendo el alma indestructible, é inmortal, y permaneciendo siempre substancia cogitante y sabedora de sus percepciones, nada puede ser mas infeliz que ella cuando conoce que separada de todos los bienes aparentes, no tiene ya que amar sino á Dios á quien ha despreciado, á quien no ama, ni puede por lo mismo ser amada de él: cuando nada hay que amar, nada hay tampoco que esperar, y faltando la esperanza entra la desesperacion, así es que el hombre vicioso no esperando en la misericordia de Dios, prevee que muriendo le amenaza una tristeza, y desesperacion eterna, y realmente la experimenta, si aun se deja tocar del infeliz estado en que se halla.

SECCION 4.^a

DE LOS SIGNOS Y CARACTERES DE LAS COSTUMBRES, Y DE LOS AFECTOS.

Unos son los signos de los afectos, y otros los de las costumbres y propensiones; aquellos se desvanecen con el afecto y no pueden disimularse fácilmente; y estos son perpetuos, no se mudan con facilidad, pero pueden disimularse.

Los signos de los afectos principales se dejan ver en el color, en los gestos, en el entendimiento y en las acciones. Porqué moviendo los afectos á la sangre y á los nervios, no puede menos que mudarse el color, y el gesto; y como turben tambien al entendimiento y á la imaginacion; y existen un deseo, ó una aversion extraordinaria; no pueden menos que manifestarse en todas estas cosas.

Los signos del amor son el color rojo del semblante, la agitacion de la sangre, los ojos indicando un deseo muy grande, y fijos en un solo objeto, los suspiros frecuentes, los juicios absurdísimos acerca del objeto amado, las quejas, las cartas ridículas, las sospechas, las lagrimas, la ira, y luego la paz.

El odio se manifiesta en el color pálido, los ojos separados del objeto á que se tiene aversion, en el silencio cuando se habla bien del objeto aborrecido, y en la locuacidad cuando se habla mal, en los juicios siniestros, las sospechas, las iras, y pleitos frecuentes.

A la alegría la indican la risa, los saltos, la conversacion buscada voluntariamente, la narracion de la felicidad, las promesas esplendidas, la liberalidad. Y á la tristeza los ojos bajos, y abatidos, las lagrimas, la soledad, la aversion á los consuelos de los amigos, y al deleite, y